

A portrait of Olivia S. Mitchell, a woman with short reddish-brown hair, wearing a blue blazer and a pearl necklace. She is smiling and standing in front of a bookshelf filled with books. The background is slightly blurred, focusing attention on her.

LA PENSADORA DE LAS PENSIONES

*Peter J. Walker traza una semblanza de la académica de Wharton
Olivia S. Mitchell, una de los fundadores de la investigación moderna
sobre las pensiones*

Al caldearse la campaña presidencial en Estados Unidos, la destacada experta en pensiones Olivia S. Mitchell hace una advertencia a los candidatos.

“Algunos de los candidatos a la presidencia de Estados Unidos han hablado acerca de ampliar los beneficios de la seguridad social, pero eso es algo muy desacertado”, dice la economista de 66 años, sosteniendo que solo para la solvencia del sistema actual se requeriría aumentar fuertemente los impuestos laborales o reducir las prestaciones.

Los estudios de Mitchell indican que los estadounidenses estarían mejor con una jubilación más tardía, una mayor educación financiera e incentivos económicos que alienten el ahorro, la planificación e inversiones más inteligentes. Mitchell ha llamado a un debate nacional sobre la reforma de los derechos jubilatorios para corregir el sistema antes de que se agote su financiamiento. Su prognosis sensata y austera es que las personas deben “trabajar por más tiempo, ahorrar más y esperar menos”.

Es una de las fundadoras de la investigación académica moderna sobre las pensiones. Ha publicado más de 250 libros y artículos, asesorado a diversos gobiernos del mundo y recibido más de 60 distinciones y premios profesionales.

Cuando comenzó a trabajar sobre el tema hace 40 años, ese campo estaba mayormente limitado al análisis actuarial (cálculos matemáticos y estadísticos del riesgo). Ha dedicado su carrera a incorporar en la disciplina consideraciones económicas, especialmente de la economía conductual. En su oficina de la Escuela Wharton de la Universidad de Pensilvania, describe las pensiones como un microcosmos múltiple: demografía, recursos humanos, impuestos, finanzas, psicología, economía y más.

“La amplitud y profundidad de los conocimientos de Olivia acerca de las pensiones es impresionante”, dice el Decano de Wharton Geoffrey Garrett. “Su visión abarca todos los temas que impactan en la economía del retiro, incluidas las crisis de financiamiento de las pensiones tanto privadas como públicas, la disminución de las pensiones financiadas por el empleador, los cambios demográficos, las finanzas de los hogares, la acumulación de riqueza y la necesidad de educación financiera. Su labor refleja un período de enormes cambios en las pensiones y va más allá de las cuestiones relativas a Estados Unidos”.

Entre 2006 y 2016, la población estadounidense de 65 años o más creció de 37 millones a 49 millones, y para 2060 ese número casi se duplicará, llegando a 90 millones. Los billones de dólares del sistema de la seguridad social son la principal fuente de ingresos jubilatorios en Estados Unidos, pero se prevé que a partir de 2020 su costo total supere los ingresos totales. Para 2035, las reservas del sistema se habrán agotado, permitiendo atender

solo tres cuartas partes de las prestaciones programadas. Casos similares se están dando en todo el mundo. Los estudios de Mitchell ofrecen a las autoridades una hoja de ruta para abordar esta crisis generalizada.

Sus primeros años

Mitchell nació en Lincoln, Nebraska, donde su padre enseñaba economía agrícola en la Universidad de Nebraska. Sus padres se conocieron cuando trabajaban para el gobierno de Estados Unidos en la República de Corea, tras lo cual ambos estudiaron economía en Harvard. En esa época no era habitual que hubiera mujeres en el programa, y su madre fue admitida solo a condición de que mecanografiara los trabajos de su asesor.

Durante la mayor parte de la niñez de Mitchell, su padre trabajó para la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura en ocho países: Brasil, Chile, Colombia, Guatemala, Italia, México, Pakistán y Perú. Esa experiencia generó en Mitchell un amor permanente por las culturas extranjeras, los idiomas, las comidas y los viajes. Fue una niñez inmersa en la ciencia económica.

“La economía siempre estuvo presente durante mi crianza”, dice Mitchell. “Arriba de la mesa de la cocina había en la pared un reloj con la leyenda: ‘El tiempo es dinero’. Ahora está sobre la mesa de mi cocina”. Cuenta que su padre usaba un concepto económico para convencerla de quitar las malezas del jardín. “Cuando yo tenía cinco años, teníamos un huerto, y mi padre me explicó que, como su tiempo valía más que el mío, yo debía encargarme de cuidarlo. Eso era tan lógico que decidí que debía aumentar el valor de mi tiempo. ¡Y eso hice!”.

Siguiendo los pasos de sus padres, en 1974 Mitchell se licenció en economía en la Universidad de Harvard, donde también tuvo que lidiar con un entorno dominado por hombres. Un profesor solía reconocer su presencia en clase con el saludo: “Buenos días, dama y caballeros”.

“Ponerme de pie para hablar y ver cómo 99 rostros masculinos me miraban fue al principio bastante intimidante, aunque lo superé”, afirma. Fue una experiencia formativa que la indujo a buscar posteriormente contextos más adaptados a las mujeres. Esa fue una importante razón por la que en 1993 decidió ir a Wharton, que históricamente ha tenido una alta proporción de mujeres docentes. También ha participado activamente en el Comité sobre la situación de la mujer en la profesión económica, donde se desempeñó como mentora y promotora.

En 1978, a la edad de 25 años, Mitchell completó su doctorado en la Universidad de Wisconsin con una tesis sobre el efecto del alto desempleo local en la participación de las mujeres casadas en la fuerza laboral. Obtuvo su primer empleo en la Universidad de Cornell, donde se le pidió que dictara un curso sobre pensiones.

“El libro con el cual tenía que enseñar era lo más aburrido que uno se podría imaginar”, recuerda Mitchell, quien entonces concluyó que podría “escribir de forma más interesante sobre este tema y explorar no solo aspectos actuariales sino también económicos”. Además, su madre advirtió sobre una crisis en ciernes para las pensiones en Estados Unidos y la alentó a investigar al respecto.

En Cornell, Mitchell se casó con “el chico de al lado”, su vecino en el edificio de Ithaca. Gene Dykes siguió estudiando hasta graduarse como científico informático. Actualmente retirado, ostenta el récord mundial como maratonista no oficial en el grupo de 70 a 74 años, aún cuando comenzó a correr en serio solo en su sexta década.

En la semana en que Mitchell obtuvo su cargo titular en Cornell, también dio a luz a la primera de sus dos hijas. Más tarde montó el “Banco de Mamá”, una hoja de cálculo para registrar las asignaciones de sus hijas y el dinero extra por hacer tareas domésticas. “Si querían comprar algo, excepto para la escuela, tenían que verificar que tuvieran fondos suficientes”, dice.

Como académica, Mitchell logró su primer impacto importante al escribir, junto con el economista de Cornell Gary S. Fields, *Retirement, Pensions, and Social Security* (Retiro, pensiones y seguridad social), el primer libro publicado sobre los factores que influyen en el comportamiento jubilatorio. Según afirma, el estudio de las pensiones como institución económica que influye en el comportamiento realmente cobró impulso después de eso.

“Olivia era brillante y laboriosa, disciplinada y concentrada, amable y decente”, dice Fields, uno de los principales economistas laborales del mundo. “Era evidente que estaba destinada a alcanzar grandes logros”.

Modernizar el retiro

La investigación de Mitchell se extendió luego al diseño de planes de pensiones, incluida la seguridad social, para fomentar un retiro más tardío. Más de 40% de los beneficiarios solicitan su jubilación a la edad mínima de 62 años, aunque quienes esperan ocho años hasta calificar para los beneficios máximos a los 70 pueden incrementar su ingreso mensual un 75%, calcula Mitchell. Solicitar la jubilación en una fase temprana generalmente no maximiza los beneficios.

Una razón por la que las personas solicitan las prestaciones siendo muy jóvenes, observó Mitchell, tiene que ver con la forma en que los asesores financieros explican —o “arman”— esa decisión jubilatoria clave. En particular, los asesores usan un enfoque de “equilibrio” que implícitamente enmarca la decisión como una apuesta arriesgada respecto a cuánto tiempo uno cree que vivirá. Así, pueden decirnos cuánto recibiríamos en

prestaciones si accedemos a ellas tempranamente, a los 62 años, y luego nos dicen que con seguridad tendríamos que vivir al menos 14 años más para recuperar el dinero no percibido por haber demorado el retiro unos pocos años. Este análisis podría mostrar, por ejemplo, que diferir la jubilación hasta los 70 años exigiría vivir hasta los 84 para alcanzar el punto de equilibrio y comenzar a obtener una ganancia neta.

Cuando se lo presenta en estos términos, a las personas les preocupa si podrán vivir tanto. Lamentablemente, tienden a ignorar que la mitad de todas las personas viven más allá de su esperanza de vida. En consecuencia, si les preocupa vivir más que sus activos, resulta mucho más lógico diferir la jubilación y evitar así quedarse sin dinero en la vejez. Basándose en los estudios de Mitchell, la Administración de la Seguridad Social ha dejado de usar análisis de equilibrio y ofrece ahora un tratamiento más neutral, que brindaría incentivos para solicitar las prestaciones más tardíamente.

Otra forma de alentar a las personas a jubilarse más tarde es ofreciendo incentivos consistentes en el pago de una suma global. En el trabajo de Mitchell esas sumas se definen en forma tal que no alteren los costos generales del programa y sean atractivas para las personas de mayor edad que están endeudadas. En estudios conexos, Mitchell ha observado que hoy es mucho más probable que los jubilados estén endeudados, debido a hipotecas más elevadas, mayor deuda por tarjetas de crédito y el crecimiento de los préstamos estudiantiles y anticipos salariales.

El retiro puede incluso ser más inalcanzable para los mileniales, nacidos entre 1980 y 2000. Dados los bajos rendimientos generados por el mercado de capitales, sostiene Mitchell, los mileniales que deseen retirarse a los 65 deben ahorrar 40% de su sueldo, frente al promedio actual de solo 6%. Naturalmente, al afrontar gastos tales como préstamos estudiantiles y altos costos de la vivienda les puede resultar prácticamente imposible alcanzar una meta de ahorro de 40%. Por lo tanto, Mitchell cree que las personas deben planificar que trabajarán más tiempo, redefinir lo que significa el retiro teniendo en cuenta que ha de incluir el trabajo a tiempo parcial y el aprendizaje permanente.

La educación financiera es un elemento particularmente crucial de tal aprendizaje. Una docena de años atrás, el interés de Mitchell en el comportamiento jubilatorio —combinado con la transición desde los planes de prestaciones definidas hacia los de contribuciones definidas que exigen una mayor responsabilidad individual— la llevó a explorar qué sabe la gente sobre los conceptos financieros fundamentales. Mitchell y Annamaria Lusardi, de la Universidad George Washington, concibieron tres preguntas para el Estudio sobre Salud y Retiro que desde hace tiempo realiza la Universidad de

Michigan entre estadounidenses mayores de 50 años. Ambas quedaron pasmadas al constatar que las personas de mayor edad tenían niveles notablemente más bajos de conocimientos financieros. Sus “tres grandes preguntas”, elogiadas como integrales aunque concisas, han sido utilizadas en muchas otras encuestas y en más de 20 países, dando un panorama del bajo grado de educación financiera entre los jóvenes, los ancianos, las mujeres y los grupos de bajos ingresos en todo el mundo (véase la edición digital de *F&D*).

Estudios posteriores han mostrado que la educación financiera tiene enorme importancia para la toma de decisiones financieras. Quienes sean versados en finanzas tienen más probabilidades de planificar y ahorrar para su retiro, hacer mejores inversiones y sufrir menos estrés financiero. En un estudio se observó que el rendimiento anual del plan individual de retiro fue 130 puntos básicos, o 1,3 puntos porcentuales, más alto para los empleados de una empresa con mayores conocimientos financieros que para el trabajador promedio.

Mitchell y Lusardi también comprobaron que, como consecuencias de carácter más general, los conocimientos financieros pueden explicar entre el 30% y 40% de la desigualdad de la riqueza y, como hallazgo sorprendente, que las prestaciones de la seguridad social pueden de hecho desalentar la acumulación de conocimientos financieros y de ese modo contribuir a la desigualdad económica. “Preguntamos, ¿qué ocurriría si las prestaciones de la seguridad social se redujeran un 20%, como reflejo del déficit futuro que se prevé?”, dice Mitchell. “Observamos que eso generaría más incentivos para que los trabajadores de bajo ingreso ahorraran e invirtieran en educación financiera, lo cual, a su vez, reduciría la desigualdad”. Sus proyecciones revelaron que, como mediana, el valor de los activos aumentaría 32% entre aquellos sin educación universitaria y 19% entre los que sí la tienen. “Fue un resultado inesperado”, añade Mitchell.

Lusardi, su frecuente colaboradora, señala que “trabajar con una académica tan rigurosa ha sido un privilegio. Nuestro trabajo ha podido revelar no solo el bajo nivel de educación financiera sino también su gran importancia, especialmente para los grupos vulnerables”.

Por los pasillos del poder

Durante su carrera, Mitchell también ha dado mucho apoyo experto a entidades públicas que se ocupan de las pensiones. En 2001 integró la comisión bipartidaria del Presidente George W. Bush para el fortalecimiento de la seguridad social. Una de las principales recomendaciones del grupo fue que se permitiera a los individuos colocar una parte de sus contribuciones en cuentas personales voluntarias. La propuesta no fue implementada, en gran medida debido a la

oposición política y al derrumbe del mercado de capitales en 2001. No obstante, Mitchell considera que las propuestas de la comisión siguen siendo pertinentes, ya que el sistema enfrentará déficits en una decena de años.

Otro enfoque que Mitchell ha explorado para asegurar que más estadounidenses tengan un retiro adecuadamente financiado son las anualidades por longevidad. Una ley federal sancionada en diciembre de 2019 alienta a los empleadores de Estados Unidos a incluir en los planes de pensiones anualidades que comiencen a pagarse por lo menos antes de los 85 años. El estudio de Mitchell muestra que si la gente usara tan solo 10% de sus ahorros jubilatorios para comprar esa anualidad, el bienestar a los 85 años aumentaría entre 6% y 14%. Dado que mucha gente vive hoy hasta una edad avanzada y crecen los costos de salud, según Mitchell esta alternativa es crucial para que las personas tengan más dinero para gastar durante su retiro.

Mitchell también está atenta a lo que ocurre en países que alguna vez consideró su hogar, especialmente Chile. Los levantamientos en las calles de Santiago a fines de 2019 comenzaron al incrementarse las tarifas del subterráneo, pero rápidamente devinieron en un movimiento más amplio que reflejaba varias preocupaciones populares, como la indignación porque las pensiones para los más pobres son demasiado bajas y las ganancias de los administradores de fondos de pensiones privados demasiado altas.

Hace cinco años Mitchell formó parte de la comisión asesora de la entonces Presidenta Michelle Bachelet sobre el sistema de pensiones de Chile. Sus integrantes propusieron formas de asegurar que los planes cubrieran a un segmento más amplio de la población, proporcionen un pilar solidario más generoso para respaldar a los pobres y eleven las tasas de las contribuciones. Actualmente, el gobierno está aplicando algunas de esas recomendaciones, incluyendo una prestación solidaria más elevada y menores cargos y comisiones cobrados por los fondos de pensiones privados, dice Mitchell.

Mitchell está estudiando los factores determinantes y las consecuencias del endeudamiento en edades más avanzadas, el impacto de las garantías de pensiones y cómo las estructuras tributarias alternativas cambiarán la forma en que las personas trabajan, ahorran, invierten, consumen y se jubilan.

¿Y qué hay de su propio retiro, que seguramente ha sido bien planificado, dados sus conocimientos? “Mis percepciones acerca de los muchos riesgos asociados con el envejecimiento”, dice Mitchell, “me llevan a concluir que, si mi estado de salud no es muy precario, ¡nunca me jubilaré!”. **FD**

PETER J. WALKER integra el equipo de *Finanzas y Desarrollo*.